

—Hombre yo... no opino nada.
—Que es lo mismo que opinar todo lo que he dicho... Pues bien, no hay tal cosa... Yo soy, sencillamente, un hombre que ha sabido conocer á sus semejantes, hacerse cargo de lo que es la vida y seguir el camino que otros muchos siguieron para llegar á ser grandes hombres.
Al llegar á este punto de nuestra conversación, no pude menos que mirar con extrañeza al tal Gómez. O estaba loco ó era un tunante listo si los hay... Para mí no podía ser otra cosa. ¡Ay! Más tarde he comprendido que era un joven... ¡con muchísimo talento!

—No me mire usted de ese modo ni se incline á creerme un sér despreciable—continuó diciendo Gómez con gran aplomo;—algún día me mirará usted con gran asombro, amigo mío... Yo he de ser mucho si consigo por fin...
—¿Poseer un frac?
—Ni más ni menos.
—¿Y qué tiene que ver el frac con el porvenir de usted?
—¡Un frac!—repitió Gómez con el mismo tono admirativo que si nombrara una cosa santa, sublime ó poco menos.—Esa prenda es la llave mágica que abre muchas puertas... esa prenda es la varita de virtudes que realiza toda clase de prodigios; el frac determina el destino de un hombre... Fijese usted, amable amigo, en que toda persona de arraigo, todo aquel que figura, que brilla, que tiene posición real ó ficticia, en fin, el que bulle, el que forma con otros eso que llamamos la espuma del gran mundo, tiene frac... ¡Sin esa sacrosanta prenda no habría grande hombre posible!

Pero bien, antes de poseerla hay que ser grande hombre.
—Algunos casos se presentan, pero son pocos. La inmensa mayoría llegan á ser ilustres merced á un frac, muchas veces no pagado al sastre.
—¿Y por qué no se lo hace usted... con opción á no pagarlo?
—Porque aún no he logrado ser amigo de un sastre.
—¿Tienen buen olfato los malditos, eh?
—Algo hay de eso... El caso es que yo no tengo frac... Pudiera haber pedido prestado el dinero que cuesta; pero entre los preceptos del hombre que sigue mi carrera, figura el de no ser sablacista... Este vicio se nota pronto y ¡adiós amigos! ¡adiós porvenir!
—Veo que estudia usted bien su carrera.
—¡Ah! ¡si yo tuviera un frac!

Calló Gómez, me quedé contemplando lo afligido de su rostro, y por una de esas genialidades que todos tenemos, eché mano á la cartera, saqué un par de billetes y se los di, diciendo:
—Para ese frac.
Gómez se apoderó del papel moneda con manos temblorosas de emoción y me dijo:
—Usted me hace hombre. Puede que algún día le devuelva el favor con creces. ¡Adiós amigo mío!

Desde aquel día no volví á ver á mi amigo.
Supe por otros que concurría al Real y se presentaba en los palcos de algunos reyes de la banca y no pocos nobles. El frac comenzaba á proporcionarle, por lo menos, la gran ventaja de ir al teatro.
Pasó algún tiempo y no oí hablar de Gómez. Como yo, esclavo de las cuartillas, salía pocas veces de casa, no era fácil que le encontrara.
El destino me llevó á Barcelona un par de años, y al cabo de ellos volví á la corte en busca de trabajo, sin una peseta y, en fin, como nos vemos frecuentemente los que apenas si nos llamamos escritores y tenemos que vivir forzosamente de nuestra pluma.

Durante un mes pasé como pude; pero los recursos se me acabaron y me vi en la peor de las situaciones.
Una tarde, cansado ya de ir á molestar á mis amigos y compañeros en demanda de trabajo, decidí quedarme en casa.
A las cinco entró la patrona en mi cuarto y presentándome una tarjeta, me dijo:
—Señorito, este caballero que espera en la antesala, desea verle.
Leí el nombre impreso en la cartulina y no pude menos que lanzar una exclamación de asombro.
Debajo de un escudo se leía el nombre siguiente: Damián Gómez.
—¡Diablo!—exclamé.—¿Será aquél?
—¡El mismo en cuerpo y alma!—exclamó mi amigo, entrando en mi humilde cuarto.

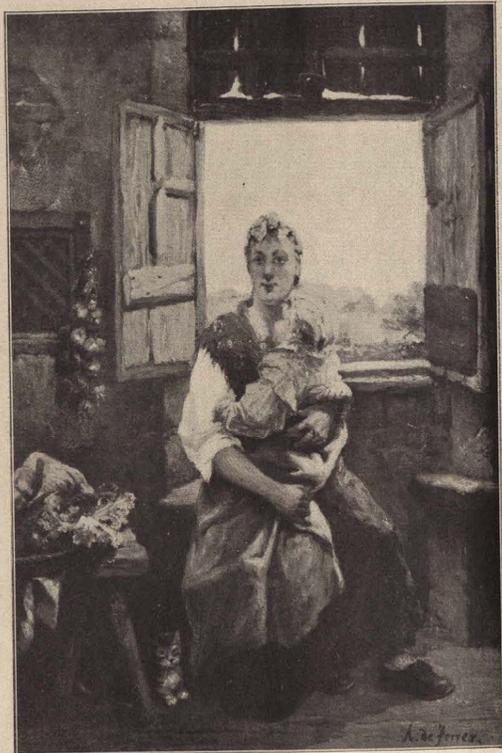
Vestía elegantemente, llevaba cadena de oro en el reloj, sortijas de brillantes en los dedos y alfiler precioso en la corbata.

Se sentó á mi lado y sonriendo me dijo:
—Me llaman usía... fumo, bebo, calzo, visto y derrocho en usía, y todo merced á un frac que usted me pagó. Hoy supe que se hallaba usted en la corte y vengo á ofrecerle un frac de tela superior y una credencial de doce mil reales.
Acepté la credencial y rehusé la prenda de vestir, diciendo con asombro:
—Gracias, amigo mío... ¡Jamás lo hubiera creído!
—Pues ya lo ve usted—replicó Gómez.
Y añadió sonriendo irónicamente:
—El porvenir de un hombre, está muchas veces en manos de un buen sastre.
—Pero ¿qué ha hecho usted para tener coche, dinero y llamarse usía?

—Sencillamente... ¡llevar frac unos cuantos años!
Desde entonces dudo mucho del talento, de la probidad ó de la nobleza de muchas gentes que llevan frac, y á quienes otros miran con asombro y juzgan grandes hombres.
¡Ah! ¡Si yo hubiese tenido eso que se necesita para llevar frac unos cuantos años como aquel Gómez, es posible que á estas fechas no me viera en la necesidad de escribir de mala gana para comer con buen apetito.

LUIS DE VAL

A. DE FERRER



LA «JOVE» DE LA CASA.

Adquirido por don Leandro Puente (Madrid).

¿CUENTO?

EL desnudo cadáver yacía sobre la mesa de disección. Y de pie junto á él, en bata de trabajo, el doctor venerable iba á herir aquellas carnes vírgenes que fueron una adolescente encantadora y eran un mármol de suaves y peregrinos contornos.

Su mano descarnada, vieja amiga de la lanceta, obedecía diestramente la voluntad de aquel hombre encanecido en el estudio, que, apartando carne insensible, sin sangre, tendones y fibras, buscaba la muerte en las entrañas para arrancarle el secreto de la vida.

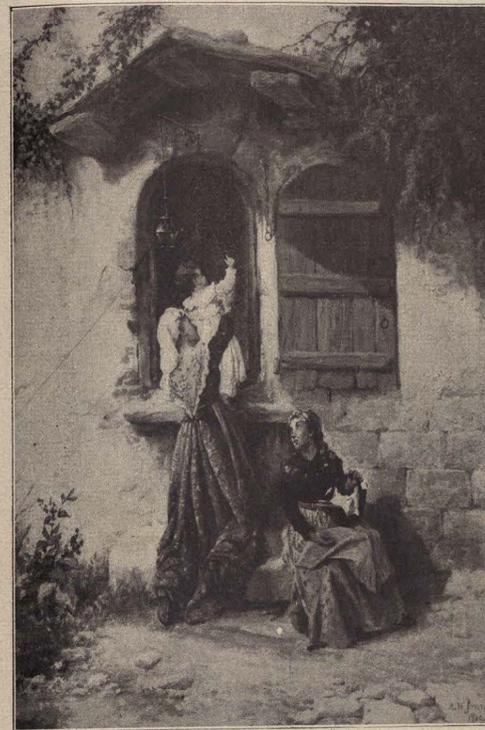
Ni mirado había el cadáver. En la soledad del limpio y tranquilo gabinete que brillaba con sus vitrinas y cristalados armarios donde relucían los útiles de cirugía, preparaba los cortantes instrumentos con esa calma, no exenta de entusiasmo y complacencia, propia del que no habiendo equivocado sus aficiones á ellas se dedica.

Fijóse al acaso en aquel cuerpo blanco, puro, transparente, de líneas delicadas, algo lánguidas, de expresión inocente, candorosa, el rostro agraciado, entreabierta la boca, entornados los ojos, virgen soñando en

el amor, poéticamente en desorden la corona lujosa de cabellos rubios y rizos, cascada de oro, y conmovióse. ¡Lástima pensó quizás por vez primera en su vida, ¡su pobre madre!... ¿Lástima? murmuró de nuevo interrogándose... y el recuerdo de su juventud lejana pasó rápidamente, en conjunto, de golpe y con fuerza por su imaginación; luego persistieron algunos detalles con fuerza abrumadora. Aquella mujer, casi niña, á quien, pasatiempo de estudiante, mintió cariño y engañó como un miserable... era también de carnes alabastrinas, de cabellos rubios, de negros y claros ojos que entornaba, entreabriendo los labios, cuando escuchaba, paladeándolas una á una, las palabras de tuego que quedito pero con vehemencia, él, joven entonces, desgranaba junto á su oído, despertando aquella alma de un sueño de inocencia, hiriéndola deslumbradoramente con las ignoradas claridades del amor.

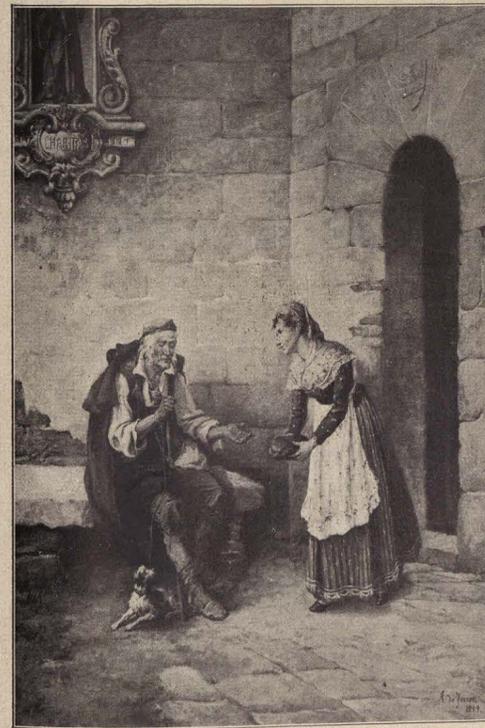
Y en la llama de la pasión impura del amante quemóse el pobre ángel las alas que le apartaban de la tierra, enfangándose en amoroso éxtasis, saboreando dulces palabras y sabrosas promesas.

A. DE FERRER



CAPILLITA DEL BARRIO.

Adquirido por don Emilio Kirdorf (Düsseldorf Alemania).



LA CARIDAD.

Adquirido por don Ramón de Abadal.

Y en un hogar enturbiado, una madre lloraba y un padre maldecía. La pobreza amargóse asquerosamente con la deshonra.

El, en tanto, doctor ya, obtenía la plaza de médico de un pueblecillo rural, amodorrado entre montañas. Allí, en aquella calma profunda, reaccionó su carácter naturalmente serio, dióse con perseverancia y entusiasmo al estudio; la ciencia y la ausencia sobrieron sus remordimientos y olvidó, al fin, que confiada en su palabra, escupiéndole á la sociedad, una mujer, tal vez madre, serena y amorosamente le esperaba. Los años y la experiencia le hicieron sabio, el cuerpo humano era su único libro; pero no supo ver en los laberintos de las entrañas más que carne. Pedazo de carnaza era el corazón, palpitante en vida, de ella péndulo misterioso que con el tiempo dejaba de marcarlo por naturalísimo desgaste.

Y ahora, en un momento, se convenía de que esa víscera era algo más; en ella erguía la conciencia aterrizándole; palpaba lastimándole, sacudía su naturaleza anciana brutalmente: el vuelo arrebatado de alondra, de la juventud impetuosa, de ojos cerrados, era ahora de águila, sereno, majestuoso, que desde las alturas del pasado, descubría en el lodo el fementido gusano de sus concupiscencias. ¡Miserable! ¡miserable! murmuraba apretando los dientes.

Abatido, por deber, automáticamente, fué á empezar su tarea; movía tristemente la cabeza venerable contemplando la inerte niña, diciendo para sí, ¡pobrecita mía!... pero más le ha valido... llora su madre sin consuelo pero sin amargura; ¡oh! continuó cada vez más emocionado, parece la misma... á no haber pasado tantos años lo jurara... maldito yo... Dios mío... Dios mío...

Era tema obligado de las conversaciones, en el hospital, la profunda impresión que se manifestaba en el anciano doctor al salir de la autopsia de la pobre niña hallada exánime en el arroyo. Había sido envenenada. Nadie se explicaba aquella emoción en un hombre de tan larga práctica médica. Era evidente que algún misterio existía.

Pasó al día siguiente pálido y tembloroso la visita. Halló una enferma nueva en la sala de mujeres. Una repugnante anciana. Habíanla la noche anterior llevado al hospital retorciéndose en horribles convulsiones. Trábase, según antecedentes, de una crapulosa ajadora de inocencias, digna de un grillete. Parecía enloquecida.

El consumido cuerpo dislocábase con secos crujidos en movimientos horribles, el pecho aplastado, casi esqueleto, pretendía dar fuerza á la voz, que salía rota, apagada, ingrata, por la boca convulsa. Decía que la desventurada niña muerta era hija suya. Quería verla y costaba gran trabajo á las hermanas retenerla en el lecho.

Acercóse el doctor bondadosamente. El pecado de su vida (de ella) pasada le roía las entrañas. Una úlcera incurable. Dirigióle algunas palabras de consuelo, y ella con el instinto de conservación moral, que también existe, al darse cuenta de la asquerosa compasión que inspiraba, quiso justificarse: sus ojos muertos, hundidos y fijos nubláronse de lágrimas, subieron por su garganta de agarrotado sollozo oscuros;... si ella no era mala, mientras fué joven y hermosa ella se bastó, de su caída no tenía la culpa... sus padres murieron de dolor... ¡pobre madre mía!... ella quedó sola con su hija, con la muerte, recién nacida... no habían de morir de hambre; y trabajó, y el trabajo fué ocasión de su segunda desgracia... El dueño del taller, un viejo calenturiento... y de escalón en escalón... y comió con su carne... su hija estaba muerta... mejor... si ella la había muerto!... era pobre y era hermosa... la había envenenado... porque ella se sentía morir y no quería dejarla sola en el mundo. Y seguía hablando trabajosamente, ahogándose, con frases entrecortadas por espasmos; llamó delirando á su seductor deseándole, le maldijo, le perdonó... aún volverá... y reía y lloraba y se retorció.

Cuando se fijaron en el doctor le hallaron con la cabeza entre las manos.

¿Qué le pasará al pobre, al bueno del doctor?

En vano le esperaron al día siguiente los practicantes y hermanas á la hora de la visita. En el dormitorio no estaba. Luego de violentar la puerta, le hallaron en el gabinete de disección con lanceta ensangrentada en la mano y el lado izquierdo del pecho completamente abierto.

El infeliz había querido convencerse de si tenía corazón. Le parecía imposible.

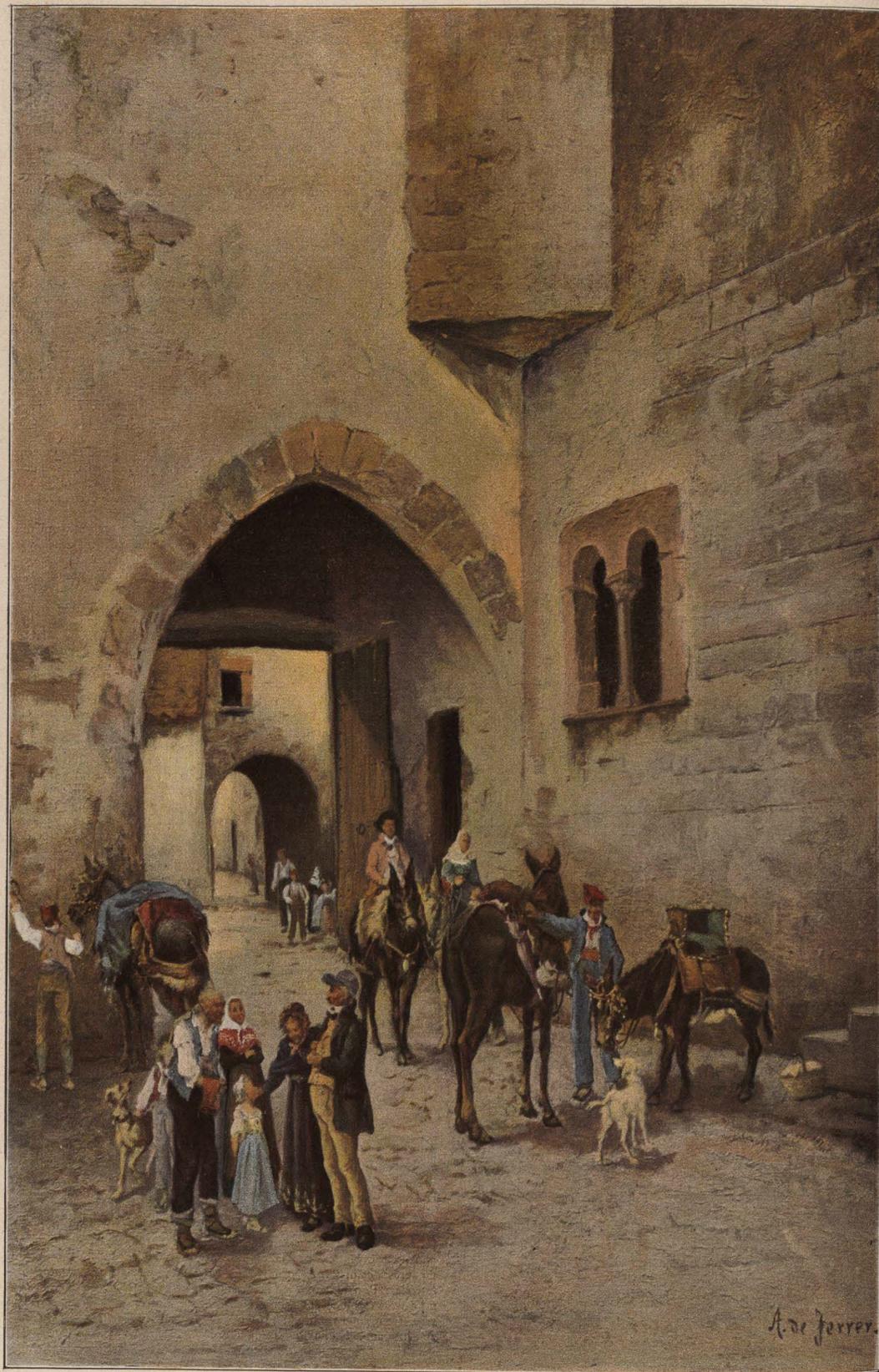
DOMINGO GARCIA PUJOL

LA CANCIÓN DEL FUEGO

(FACETA)

OIDLA, si queréis. La canta cuando brilla en el hogar, cuando crepita en un bosque, cuando fulgura en el rayo. Unas veces la canta en voz baja, en remiso tono; otras la entona con brío, asustando á cuantos la oyen. Es una hermosa canción. ¿Queréis oirla?

—Yo soy el alma de los mundos. Sin mí, las estrellas, los planetas, los cometas, moverían en un espacio frío sus masas más frías aún; en un mar de tinieblas eternas la obscuridad de su eternidad. Por mí, el sol nos presta calor y luz; por mí, halla el caminante su ruta, guiado por las estrellas. Por mí, viven los hombres, los árboles, las plantas. Gracias á mí es soportable el invierno, agradable el hielo, encantadora la primavera, fecundo el verano. Yo soy el que enciende las pasiones en el corazón humano. No hay quien me domine, no hay quien me venza. Mi vida es eterna. Si un día me extinguiere, se extinguiría al mismo tiempo la vida universal. Como los parsis, como los vedas, como los incas, ¡adoradme, hombres!



A. de Ferrer.

LLEGADA DE LOS AMOS (VIJES DE ANTAÑO).

F. Sans Castaño
-1900-



Cuadro de F. SANS CASTAÑO.